

Historia

De la esclavitud y sus variedades

Antonio Pérez

Si la juventud es lo opuesto de la senectud, la antropología clásica prefirió el estudio del polo viejuno. Por ello, en los textos hereditarios de esta disciplina, el joven indígena sólo figura como porteador o cocinero mientras que el anciano aparece como ‘el guardián de los secretos de la tribu’ -sabio si los regala al antropólogo, taimado si mercadea con ellos-. Pero un ligero examen de las narrativas del trabajo de campo nos enseña que, a menudo, el joven es el informante principal y el viejo, el príncipe mudo de la foto. En los casos en que así ocurre, es fácil colegir que el joven desea erigirse en intermediario entre su pueblo y Occidente o que, simplemente, padece más que el viejo el prurito de novedad. Sin embargo, esta avidez es una característica del Occidente actual que no deberíamos extrapolar automáticamente a las demás culturas –ni tampoco al Occidente de antaño-. Es harto probable que, siendo así de prudentes, ganaríamos en calidad etnográfica. Digámoslo en lenguaje periodístico: esos taxistas a los que el apresurado corresponsal limita todo su contacto con el pueblo visitado, pueden ser buenos o malos informantes pero nunca deberían ser los únicos porque no es lo mismo entrevistar que entrever. Un pueblo entrevistado es un pueblo con jóvenes y con viejos; un pueblo entrevisto carece de ambos.

Por su parte, la antropología moderna –sea eso lo que sea-, se ha visto obligada a ampliar desafortunadamente sus objetos de estudio, en parte porque los verdaderos indígenas -los míticos “caníbales”-, son cada día más difíciles de encontrar y en parte porque se ha dejado encadenar paulatinamente a la maquinaria productiva. Como correlato de esto último, la antropología sobrevive dedicándose a la propia sociedad occidental y, dentro de ella, observamos que está especializándose en sus extremos etarios: en los jóvenes y en los viejos. Huelga añadir que esta (polémica) deriva tiene menos relación con las respectivas culturas que con las potencialidades económicas de unos y otros –la juventud como gran consumidora y la senectud como proveedora de herencias-.

Sin embargo, no sólo cuando de Occidente se trata sino en general, se suele olvidar que la juventud es también una enorme reserva laboral. La razón de esta negligencia es obvia: una menor conflictividad con los amos del Mercado. Es menos conflictivo caracterizar a la juventud como ese nicho del Mercado que, siguiendo a estos reduccionistas, se distingue por ser fértil en plusvalías pero tan misérrimo en contenidos como para provocar que algunos filósofos de taberna la despachen asegurando que “es una enfermedad que se cura con la edad” -otros van más allá y proclaman que, como ocurre con el mal de amor juvenil, no es necesario esperar al paso de los años sino que, simplemente, “se cura viajando”-.

En todo caso, la juventud se transforma en un tema elusivo ¹ cuando de *negrindios* -amerindios y afroamericanos- se trata ². Y quien suscribe no es el más adecuado para analizarlo por la

¹ Por romper este maleficio hay que felicitar a los organizadores del encuentro con “jóvenes indígenas y afrodescendientes” que tuvo lugar en el castillo de San Servando (Toledo, España) en marzo del 2009. Estas notas son una ampliación de las palabras que improvisé el miércoles 04.marzo dentro de ese foro. Al redactarlas, he tratado de mantenerme fiel al guión que seguí en aquella ocasión pero no creo haberlo conseguido. Aún más, lamento que estas páginas no reflejen la riqueza del debate posterior donde los jóvenes congresantes teorizaron con conocimiento y energía sobre el Poder. Por otra parte, aunque supiera reproducirlo –una tarea superior a mis capacidades-, tampoco lo intentaría porque no estoy interesado en simplificar un tema tan importante como el esbozado en aquel debate: nada menos que la posibilidad de acceder al Poder por parte de pueblos hasta ahora abusivamente marginados –aunque fuera a través de las actuales élites “negrindias”-.

simple razón de que no tengo la suficiente experiencia ³. Por ello, entiendo que, al igual que hice al ser invitado a tomar la palabra en el Foro de Toledo, en primer lugar y además de pedir excusas por mi atrevimiento, debo justificar la hipotética pertinencia de las notas que siguen.

De porqué algunos españoles pueden entender a los negrindios

Desde la comodidad que otorga la hegemonía político-económica, no es fácil entender a los pueblos oprimidos, esclavizados incluso. Se necesita una clase de empatía que ni siquiera una buena formación humanista puede garantizar. Sin embargo, en Occidente se han dado situaciones históricas de las que, precisamente por su barbarie –similar a la sufrida por los negrindios-, pueden extraerse valiosas enseñanzas antropológicas. Permítanme dar un pequeño rodeo para aclarar este punto.

En abril del 2009, murió la prolífica escritora española *Corín Tellado* ⁴. Pese a sus voluminosos ingresos, vivió eternamente amarrada a su máquina de escribir. Leyendo sus obituarios, cualquiera pudo preguntarse: ¿cómo fue posible que uno de los pilares de la cultura franquista viviera como una esclava? A mi parecer, la respuesta no es simple pero sí sencilla: porque el franquismo fue un régimen de esclavitud que, en su sistémico totalitarismo, alcanzó incluso a sus propios sicarios. Lo cual me vino a ratificar que definir al franquismo como *esclavista* no es retórica sino la más exacta de sus definiciones político-sociológicas.

Por ello, si la historia de los negrindios –y su presente- no se puede concebir sin entender lo que significa la esclavitud, un español que haya padecido el franquismo –como es el caso de quien

² La corrección política es un fenómeno correcto que ha sobrevenido cuando buena parte de los occidentales ya teníamos fosilizado el vocabulario político –algunos todavía estamos tan petrificados que aún seguimos hablando de derechas e izquierdas e incluso de genocidio cuando de pueblos no occidentales se habla-. Por ello, debo advertir que prefiero utilizar el término *negro*. Y, por supuesto, lo hago sin carga ideológica alguna. A fin de cuentas, el negro es un color como cualquier otro. Más aún, si es verdad que “para gustos se han hecho los colores”, añadiré que no tengo preferencia alguna por los patentes en las epidermis humanas. En la misma línea, uso el neologismo “negrindio” –*indonegro* no es tan eufónico- cuando me refiero al conjunto de indígenas y negros latinoamericanos –no es sinónimo ni siquiera parónimo de zambo-. Es mi modesto homenaje a su inspirador, Nicomedes Santa Cruz, un poeta y periodista negro peruano que residió durante décadas en Madrid, que me honró con su amistad y que, además, acuñó unos términos muy adecuados para designar a buena parte de la población latinoamericana –por ejemplo, *blanquinegrindios*, *indoblanquinegros* y *negrindoblanco*s-.

³ Probablemente, ésta es la primera vez que escribo para un segmento de hipotéticos lectores tan especializado como el de la juventud negrindia. La sabiduría convencional –esa que siempre se equivoca-, me dicta que debo evitar el paternalismo pero, ¿cómo hacerlo si soy padre de verdad, de los que tienen hijos queridos y reconocidos? Esa misma pseudo-sabiduría –valga la contradicción-, me aconseja ser paciente con unos excesos teórico-expositivos que, según Ella, son la propia esencia de la edad inmadura. De ahí a la demagogia no hay más que un paso y eso, justamente, es lo que esta misma señorona me sugiere al oído: que halague y adule a la juventud. ¿Por qué debería hacerlo? ¿Porque ella me cuidará en la vejez? ¿Porque ella me heredaré? Son motivos miserables. O, como se dice en portugués, quienes las adoptan “tienen razón... pero tienen poca”. Y para que se note que no adulo a la juventud, un botón de muestra: la cúpula hitleriana estaba en la treintena de edad cuando llegó al poder –un botón crudo pero nunca superfluo-.

⁴ Es fama que M^a del Socorro Tellado López (1926-2009) escribió 4.000 novelas rosas y vendió 400 millones de libros. A su deceso, se pregonó en titulares que, en la intimidad, jamás pronunció la frase “te amo”. Sospechando que esa mudez haya sido la justa compensación por las miles de veces que escribió la frase totémica de su industria, quizá pueda perdonar la impudicia de los titulares; a la postre, es de las contadas comidillas periodísticas a las que concedo una pizca de plausibilidad. En cualquier caso, la dureza sentimental de la sra. Tellado –narrada en docenas de anécdotas- concuerda con la insensibilidad de la dictadura franquista, propia de los genocidios.

suscribe-, está en buenas condiciones para entender a los negrindios. O, al menos, está en mejores condiciones que otros occidentales de los que cabe suponer que sólo conocen un lado de la esclavitud –el del amo-. Además, recordemos que España también ha sido históricamente esclavista por lo que muchos españoles tenemos a nuestro alcance las dos caras de tan inicuo sistema político. Dicho de otro modo, es muy instructivo haberse educado en los valores esclavistas ⁵ a condición de también haberlos sufrido –o como hacer de la necesidad, virtud-.

Ahora bien, ¿cómo demostrar que el franquismo fue un sistema literalmente esclavista y no meramente autoritario, dictatorial, militarista y/o teocrático? Obviamente, primero tenemos que ponernos de acuerdo en la terminología. Para un diccionario cualquiera, el esclavo “se caracteriza porque su trabajo o sus servicios se obtienen por la fuerza física y su persona física es considerada como propiedad de su dueño”. La esclavitud se distingue de la servidumbre en que el siervo tiene algunos derechos –de herencia, por ejemplo- y, además, puede liberarse legalmente de sus señores. De acuerdo con esas definiciones, lo que hubo en España no fue servidumbre sino esclavitud y lo podemos demostrar según varios criterios.

La demostración más evidente es de orden bélico y cronológico: una guerra ganada gracias a crueldades que escandalizaron incluso a algunos de los aliados nazis y que fue continuada por una posguerra aún más bárbara, sólo puede resultar en la esclavitud para los vencidos. Dicho en roman paladino, a la medida del santo son las peanas; si la “persona física es considerada como propiedad del dueño”, fusilar al esclavo es la prueba más contundente de la existencia de esclavitud –y, por desgracia, tenemos centenares de miles de esa clase de pruebas-.

Pero hay más. *More anthropologico*, podemos utilizar dos categorías elementales: la tecnológica y la social. Aunque la primera no sea una categoría absolutamente definitiva –y menos aún exclusiva-, podemos convenir en que, cuando es arcaica, la tecnología es cuasi sinónima de esclavitud. Pues bien, la tecnología franquista fue arcaizante durante un cuarto de siglo –hasta los planes de estabilización y desarrollo de los años 60’s-. Y decimos ‘arcaizante’ porque, en su creencia de que el atraso material favorecía su tiranía, los franquistas hicieron retroceder deliberadamente la tecnología disponible en la España republicana. Convirtieron en africano a un país europeo ⁶.

En cuanto a la segunda categoría, las relaciones sociales, olvidándonos de lo obvio –el poder absoluto de los franquistas-, podemos asegurar que eran igualmente arcaizantes, especialmente en el medio rural. Los represaliados que lograron sobrevivir a las matanzas –una gran parte de la

⁵ Unos valores que eran propalados por la pedagogía franquista con el cinismo propio del doble lenguaje orwelliano y que los pensadores del Régimen –aquellos falangistas y aquellos curas que se creían revolucionarios, cruzados y hasta surrealistas– se jactaban de haber procreado cuando, en realidad, se limitaban a copiar las groseras paradojas cacareadas por sus profesores nazi-fascistas. Pongamos un ejemplo decimonónico que fue plagiado por los franquistas: “*La esclavitud es una institución caritativa, en realidad la única solución al gran problema de las relaciones entre el capital y el trabajo*” Los esclavistas de EEUU (cit. en *Asociación Internacional de Trabajadores*, “Carta a Abraham Lincoln, presidente de los EEUU”, 1864; carta redactada por Karl Marx)

Por otra parte, la elección del término *esclavitud* no debería ser piedra de escándalo pues es una caracterización muy usada. Por ej., se habla comúnmente de “la esclavitud de la prostituta” y de “los niños esclavos”. En este mismo orden terminológico, la Organización Internacional del Trabajo calculaba que, en 2005, había 12,5 millones de esclavos en todo el mundo mientras que ong’s como Free the Slaves aumentaban esa cantidad a 27 millones (en 2009).

⁶ Si me permiten acudir a mis recuerdos de finales de los años 1950’s, puedo ilustrar este aserto: a 60 kms. de Madrid, se labraba una tierra gredosa con arado romano; la dureza del suelo exigía el arado de vertedera pero éste requiere ser tirado por bestias muy robustas... que sólo poseían los ricos. Las cuadrillas de segadores, nómadas estacionales que dormían en la era, perdían buena parte de su jornal por carecer hasta de hoces –las encargaban al herrero del pueblo; ellos sólo podían hacer los mangos y eso trabajando un palo cualquiera a punta de navaja-.

población puesto que se contaban por millones las familias estigmatizadas- se vieron obligados a emigrar. Si en la Colonia los indígenas fueron obligados a residir en *encomiendas* y *reducciones* –nombres muy exactos, en especial el segundo- mientras que los negros fueron, desde la sentina del barco, sistemáticamente mezclados entre extraños, algo muy parecido tuvieron que lamentar los españoles en la Edad Contemporánea. El traslocamiento demográfico fue controlado por los franquistas recurriendo a medidas propias de las (mal) llamadas “sociedades primitivas”. Por ejemplo: en los matrimonios era preeminente la localidad –así se aseguraba el control político- lo cual solía acarrear que fueran matrimonios concertados, a su vez síntoma claro de que predominaba la política de parentesco –en este caso, prostituida por las conveniencias ideológicas-. En resumen, se instauró una división por castas –los esclavos rojos y los amos azules- que sólo décadas después comenzó a transitar a la servidumbre para abocar finalmente a la división por clases, marca de la modernidad occidental. Todo ello en el marco de una autarquía económica que sobrepasó el nivel nacional manifestándose incluso en el nivel local-municipal ⁷.

Finalmente, una prueba definitiva: estas notas características tuvieron la clara intención de perpetuarse en el tiempo y lo consiguieron gracias a la Iglesia católica, única institución capaz de mantener la represión sistémica durante interminables décadas con memoria de elefante y tenacidad inquisitorial. Es decir, si la esclavitud se reproduce a sí misma transmitiéndose de generación en generación, otro tanto intentó el franquismo. Para ello, no sólo amañó hasta extremos delirantes la Historia española –la contemporánea y todas las anteriores- sino que reglamentó hasta lo irreglamentable: por ejemplo, el secuestro de la infancia, algo coetáneo y muy parecido a la (ahora) conocida “generación robada” –*the Stolen Generation*- de los aborígenes australianos. Lamentablemente, una esclavitud institucionalizada durante décadas tiene flecos que se mantienen más allá de su sustitución por la servidumbre y, después, por el clasismo. Lo demuestra no sólo que ninguno de los victimarios haya sido procesado –¿qué república de esas que tildan de “bananeras” ha llegado a semejante grado de inmoralidad/impunidad?- sino, mejor aún, que los nietos de las víctimas todavía no puedan enterrar dignamente a sus abuelos ⁸. Dicho de otro modo, en España hay nietos que, así sea parcialmente, siguen heredando la esclavitud de sus abuelos.

Por todo ello, es conveniente subrayar que, cuando se habla de “la esclavitud bajo el franquismo”, no se está utilizando metafórica, literaria o retóricamente el término ‘esclavitud’ sino que, por el contrario, se usa con todo rigor terminológico. En consecuencia, lo que carece de toda oportunidad humanitaria y, en especial, de toda precisión histórico-sociológica es recurrir a los eufemismos –régimen autoritario, opresión, ausencia de democracia, etc-.

Tras esta larga requisitoria, de ex esclavos a ex esclavos, espero haber justificado la empatía que algunos españoles podemos tener para con los negrindios. Q.E.D.

⁷ Para imposibilitar la solidaridad entre los campesinos –por entonces la mayor parte de la población-, el intercambio entre municipios estaba controlado por alcabalas –llamadas generalmente *fielatos*- por lo que existió un contrabando interno –el *estraperlo*, más notorio pero no menos importante en el medio urbano que en el rural-, que incluía desde mercancías livianas como las medicinas hasta ostentosas como las patatas. El acaparamiento de algunas medicinas eran especialmente arbitrario y cruel teniendo en cuenta que muchos de los vencidos eran mutilados y/o enfermos cuyo único consuelo estaba en los opiáceos.

⁸ Al día de hoy, en España sigue habiendo no menos de ciento cincuenta mil (150.000) republicanos “desaparecidos”. Recordando que la España de 1939 –año del comienzo de la *pax franquista*- tenía una población de unos 25 millones de personas, bastante menor por tanto a la de la Argentina de la dictadura militar contemporánea (33 millones aprox.), es evidente que la cifra de los desaparecidos argentinos (30.000 aprox.) es casi siete veces inferior a la de los desaparecidos españoles. Dicho sea obviando un “pequeño” detalle: que los desaparecidos españoles no están “desaparecidos” sino que se sabe perfectamente en cuáles basureros los tiraron sus verdugos. Mientras no permitan a los nietos exhumar a sus abuelos, tendré 150.000 razones de peso para seguir clasificando a España como una monarquía bananera –el desideratum de las *res publicas* bananeras-.

De porqué no sólo los españoles deben recordar a los negrindios *españoles*

Dirigiéndome a un auditorio de jóvenes negrindios que visitan España y guardando especial atención hacia quienes lo hacen por primera vez, quisiera enfatizar una trivialidad conocida por todos: que no son los primeros negrindios en pisar el solar de la (ex) Madre Patria. En este terreno, **los negros** tienen gran ventaja sobre los amerindios puesto que esclavos negros los hubo en España desde mucho antes del año 1492. Desde la Baja Edad Media, las tierras africanas nos proveen a los europeos de esclavos –guanches en el caso de los ‘bereberes’ indígenas de las islas Canarias- y personas más o menos manumisas; es decir, que data de muy antaño el siniestro tráfico que hoy continúa por todos los caminos y no sólo a bordo de las *pateras*, esas embarcaciones a las que mejor llamaríamos ruletas rusas del mar. De hecho, en el sur de España –léase, el pueblo de Gibraltor- todavía hay ciudadanos con rasgos africanos anteriores en siglos a la (escasa) miscegenación actual.

Como era de esperar en una historiografía enfrascada en los Grandes Hombres (Blancos), la presencia negra en España nunca ha sido reconocida. No nos sorprendería aprender que, como corresponde a súbditos de segunda clase, los negros españoles conformaron las primeras líneas de los ejércitos imperiales pero no abundan las investigaciones que, al menos, cuantifiquen este rasgo –por lo demás, común a todas las potencias imperiales, desde Aníbal a los conquistadores gringos del Oeste⁹-. Lo que sí nos sorprende es el olvido del primer negro que adquirió en España el estatus de intelectual, un personaje que debería ser del dominio público aunque solo fuera porque aparece en el Quijote y, encima, en las dedicatorias de las primeras páginas. Allí, en el poema de cabo roto atribuido a Urganda, se lee: “*Pues al cielo no le plu- / Que saliese tan ladi- / Como el negro Juan Lati-* “. Cervantes alude así a Juan Latino (¿1518-1596?), un esclavo manumitido que consiguió introducirse en la corte de Felipe II e incluso publicar libros¹⁰.

Pero las excepciones no son la regla y ésta siempre fue utilizar a los negros españoles como carne de cañón. Así ocurrió en las Américas y ello hasta el último minuto como lo demuestra el caso de los negros antillanos –por entonces, españoles- que combatieron contra otros negros –mambises y similares- en las últimas colonias caribeñas del Imperio español. Huelga añadir que su suerte no fue precisamente envidiable: como es bien sabido, en 1898 las Antillas consiguieron su independencia y el ejército español se retiró de Cuba y Puerto Rico. Los soldados que habían sobrevivido al hambre y a las sevicias de sus oficiales, regresaron a España y entre ellos, había algunos negros¹¹. La revista española más racista de entonces –y de ahora-,

⁹ Una curiosidad: uno de los primeros conquistadores del Far West norteamericano fue el esclavo negro Esteban Dorantes o Esteban de Azamor, más conocido como Esteban *el Africano*. Por increíble que parezca –y, desde luego, es insólito-, este personaje encabezó la vanguardia española que, durante la primera mitad del siglo XVI y buscando Cíbola y las Siete Ciudades –el eldorado de aquellas tierras-, arremetió en lo que hoy es New Mexico contra sus indígenas. Cf. una síntesis precisa y preciosa: Bartolomé Clavero, 2008, *Esteban el Africano, conquistador remiso del pueblo Zuñi*; búscuese dentro del blog <http://clavero.derechosindigenas.org/>

¹⁰ Aunque no debemos ocultar que fueron libros cortesanos, es decir, redactados en alabanza de los próceres como, por ejemplo, *Austriadis Carmen*, el primer texto que glorificó una famosa victoria contra los otomanos (batalla naval de Lepanto, 1571) El tenor de este panfleto nos viene dado por el comienzo de la –supuesta- arenga de Juan de Austria, el jefe cristiano: “*Audere est opus in Turcas, fert caetera Christi*” (= ser valientes contra los turcos, Cristo hará lo demás) Tampoco faltan los versos macabros: “*Iam Bassam truncus summas uolitare per undas / atque caput magnum praefixum cuspide acuta / praelongo in pilo, magno clamore uidentum*” (= Ya flotaba sobre las olas el tronco de Alí Bajá / y su enorme cabeza estaba clavada en la aguda punta / de una larga pica, con enorme alegría de quienes lo contemplaban) Pero seamos benévolos: en una época de censura literalmente inquisitorial y, encima, siendo negro, ¿hubiera podido escribir de otra manera?

¹¹ La “repatriación” –así fue llamada con evidente desprecio del origen de los ‘repatriados’- de estos soldados negros no se debió a razones humanitarias sino a que la monarquía española planeaba “la

anteponiendo las necesidades de los militares a su propia ideología les recibió con estas palabras: “*Son una de las notas más simpáticas y consoladoras de esta tristísima repatriación. Representan una fidelidad y un cariño á España que resultan asombrosos é inconcebibles después de los mil ejemplos que de lo contrario ha recibido la nación en las dos Antillas. Si al soldado peninsular, anémico y valetudinario, lo recibimos con los brazos abiertos, al soldado de color hay que saludarle con respeto profundísimo... [la repatriación] para ellos es heroica, porque representa la pérdida de sus hábitos, de sus costumbres, del aire y la tierra natales; es la familia sacrificada por la patria*” (“Los soldados negros”, en *Blanco y Negro*, 01.octubre.1898) Palabras, bonitas palabras. Tan bonitas como la vigente ley 62/2003 que garantiza la igualdad en el trato e incluso la *posibilidad* de una discriminación positiva para los 700.000 o quizá 1.600.000 negros que habitan en la España actual. La estrafalaria discrepancia de estas cifras censuales nos indica la seriedad con la que se cuantifica el universo de estos ciudadanos y, de paso, nos ilustra sobre el rigor con el que se aplica la ley¹².

En cuanto a **los amerindios**, si bien su presencia en España fue episódica e incluso clandestina no por ello deja de tener un gran valor simbólico. Para reconocerlo, podemos empezar destacando una fecha en letras grandes: *el primero de marzo del año 1.493*. Ese día llegaron a Europa los primeros amerindios. En concreto, *dos o tres* de ellos arribaron a Baiona (Galicia, España) a bordo de La Pinta, la nao comandada por Martín Alonso Pinzón. Tres días después, fondearía en el Tajo lisboeta La Niña, nao al mando de Colón que transportaba *unos siete* amerindios más. Obsérvese la imprecisión en el número de indígenas que llegaron a las Europas pero es que los eruditos no se ponen de acuerdo. Lo que sí parece seguro es que uno de los amerindios murió en Baiona o cerca de esta localidad -al menos, es fama que allí fue enterrado en el Monte Boi lugar y ciudad donde, de tarde en tarde, se planea hacerle un homenaje nunca concretado-. Sobre la suerte de sus compañeros, sólo hay conjeturas; es muy probable que fueran “*Taínos*” –un etnónimo generalista que designa a los amerindios antillanos- y también es probable que acompañaran a Colón en su segundo viaje (sept. 1493) y, asimismo, es de creer que sólo dos llegaron vivos a sus archipiélagos de origen. Resumiendo: a finales del siglo XV, los primeros amerindios que residieron en España aguantaron siete meses en la península ibérica. Durante su estancia, fueron bautizados, despertaron gran interés popular, conocieron la corte de los Reyes Católicos, se les tuvo por ‘arábigos’, aprendieron la lengua castellana y provocaron una gran confusión pues, siendo lampiños, no concordaba su imagen con la del Salvaje, un monstruo popularísimo cuya obligación era ser no sólo barbudo sino también hirsuto.

A raíz de que, durante sus sucesivos viajes, Colón se tomara la libertad de enviar a Europa cargamentos de esclavos indios, los reyes españoles comenzaron a tomar medidas –dispersas hasta las Leyes de 1542- para controlar la llegada de semejante ‘mercancía’. No obstante, la trata de negrindios continuó durante buena parte de la Colonia. ¿Cuántos amerindios y americanos en distintos grados de mestizaje llegaron a España?: todavía no hay investigaciones concluyentes pero, en palabras del mayor especialista español contemporáneo, sólo durante el siglo XVI, “*fueron varios miles los que arribaron a nuestras costas a lo largo del quinientos*” (Mira: 180) Incluso hubo en fecha tan tardía como 1614, Thomas Hunt vendió en Málaga a una veintena de nativos norteamericanos, entre ellos al famoso Squanto –o Tisquantum, nativo de Patuxet, hoy Plymouth Bay, Massachusetts-.

creación de un regimiento de color para la guarnición de alguna de nuestras plazas de África” (“Los soldados negros”, en *Blanco y Negro*, 01.octubre.1898) Si recordamos que estos planes se calculaban el mismo año de la independencia de las colonias americanas y filipinas, sólo cabe concluir que los belicistas no escarmientan ni en cabeza propia.

¹² La esclavitud de los negros fue abolida en 1870 en la España europea y en 1886 en sus colonias antillanas. Pero, al revés que Holanda, Francia o los EEUU, el Reino de España todavía no ha pedido perdón por su participación en la trata de esclavos -ni amerindios ni afroamericanos-.

La ‘hazaña’ de Hunt nos recuerda que los exploradores de las demás potencias europeas también volvieron a las Europas acarreando amerindios. Como luego sucedió con las plumas de las aves del paraíso –prueba de que habían estado en Australasia-, estos amerindios eran la demostración palmaria del éxito de sus viajes. Así, en 1497, llegó a Inglaterra el primer contingente de amerindios y, en 1509, ocurrió lo mismo en Francia¹³.

En lo que también coincidieron todas las potencias europeas fue en considerar a los negrindios como piezas para sus campañas publicitarias –tanto políticas como comerciales- y en intentar, episódicamente, educarlos en los valores occidentales. Es muy significativo que, en la primera de estas potencias, fueran tan efímeros los esfuerzos para aleccionar a los amerindios menos esclavizados –con los negros, ni se intentó-. Desde el punto de vista imperial, reenviar a las Yndias a ‘nobles’ indígenas instruidos era, obviamente, una estrategia para mejor cooptar a sus paisanos pero el experimento duró poco, quizá por parecer demasiado moderno. Aún menos fortuna corrió la temprana sugerencia de que abrazaran los hábitos religiosos quizá porque “al excluyente estamento eclesiástico le pareció excesivo que los ingenuos indios pudiesen hacer carrera eclesiástica” (ver Mira 1999, en nota nº 15).

Sea como fuere, es fundamental distinguir entre el trato padecido por los negrindios que llegaron a España como esclavos y el disfrutado por aquellos que llegaron como ‘nobles’ –sobre todo, de los antiguos dominios aztecas e incas-. A los primeros se les herraba en la cara mientras que los segundos gozaban de los privilegios propios de aquella sociedad estamental. Eran

¹³ Por lo que respecta a Inglaterra: en 1497, Giovanni Cabotto (“John Cabot”), secuestra en Terranova a tres indígenas Micmac y los deposita en Bristol. En 1502, Joao y Francisco Fernandes y Joao Gonsalves (isleños de las Azores socios de comerciantes ingleses), secuestran en Labrador a tres indígenas ¿inuit? y los desembarcan también en Bristol.

En inglés, existe un corpus sobre este tema. Ya en 1943, Carolyn Thomas-Foreman publicó *Indians Abroad, 1493-1938*, una obra divulgativa que alcanzó cierto éxito. Hoy, ese corpus lo encabezan eruditos como Alden T. Vaughan (su obra más reciente: *Transatlantic Encounters: American Indians in Britain, 1500-1776*. Nueva York: Cambridge University Press, xxv + 337 pp., 2006); Harald E.L. Prins, *To the Land of Mistogoches: American Indians Traveling to Europe in the Age of Exploration*, artículo de 1993; Troy Brickman, *Savages within the Empire*, 2005; y Jack D. Forbes, *The American Discovery of Europe*, 2007.

Por lo que respecta a Francia, es curioso que la exhibición de amerindios meridionales comenzara con un episodio del que se duda todo. Veamos: en 1504, el normando Binot Paulmier de Gonneville, arribó al hoy llamado Santa Catarina y, siete meses después, regresó a Francia acompañado de Essomericq, “un indien carijó” (¿) Este indígena, todo un personaje en el imaginario popular francés, nunca regresó a ‘Brasil’ pero su raptor le dio en matrimonio a una pariente suya, Suzanne; se dice que Essomericq vivió hasta los 90 años pero su longevidad no impidió que, siglo y medio después de su descubrimiento de Europa (en 1658), a sus descendientes mestizos se les exigiera pagar el *droit d’aubaine* -impuesto de los extranjeros residentes en Francia-. Pues bien: hay estudiosos que todo ello lo ponen en duda –y en solfa- empezando por el hecho nudo de que Gonneville pisara alguna vez no sólo Brasil sino el hemisferio americano.

En cualquier caso, está más demostrado que, en 1509, Thomas Aubert, en el río San Lorenzo, secuestró a siete indígenas (¿Micmac?: en tal caso sería el cuarto secuestro sufrido por este pueblo en 8 años) que hizo exhibir en Rouen. En 1536, Jacques Cartier, en Québec, raptó con groseros engaños a Donnacona, a sus hijos Taïnoagny y Domagaya y a dos otros notables y les acarreo a Francia donde fueron recibidos por el rey Francisco I y bautizados en 1539. El tráfico de esclavos amerindios se hizo rápidamente popular. Por ello, en 1550, la villa de Rouen organizó para Enrique II y Catalina de Médicis una fiesta en la que participaron una cincuentena de “indios brasileños”. La mayoría no regresó nunca pero se sabe que Montaigne los llegó a conocer; gracias a sus testimonios y al relato de André Thevet (1557), el insigne bordelés escribió *Des cannibales*.

nobles más o menos mestizos con variables grados de aculturación y de instrucción occidental y, pese a que “llegó a haber tal número de mestizos afincados en España y su poder económico fue tal que se puede hablar de la existencia de una auténtica aristocracia mestiza” (Mira 2007: 191, ver nota nº 15), entre ellos se conocen pocos nombres –Juan Cano Moctezuma, por ej.- Además, el único intelectual del que se guarda recuerdo es el *Inca* Garcilaso de la Vega, un mestizo que apenas vivió en Perú y que se españolizó hasta el punto de incorporarse voluntariamente a la represión contra los rebeldes moriscos.

En cuanto al número de unos y otros, no disponemos sino de groseras aproximaciones. No ocurre lo mismo en el ámbito anglosajón. Por ejemplo, Vaughan (año 2006, ver nota nº 13) calculó que, hasta la Independencia de los EEUU, no más de 175 indígenas norteamericanos visitaron Gran Bretaña -su ex Madre Patria-. Independientemente de que aceptemos esa cantidad, es palmario que, aplicado al Imperio español, un cálculo semejante pecaría de temerario no sólo porque las cantidades de esclavos y de nobles (mestizos o no) sería muy superior sino, sobre todo, porque ¿cómo evaluar el impacto de la corrupción y del subsiguiente contrabando? Sucede en todos los imperios que el volumen de trámites burocráticos y de transacciones comerciales llega a tan desmesurado que el Estado metropolitano se ve incapaz para controlarlo. Inmediatamente surgen la tenebrosidad administrativa y la economía paralela, más aún en el caso de las Yndias donde la corrupción se convirtió en un rasgo imprescindible. El *beneficio de empleo* –compraventa del empleo público-, llegó a ser omnipresente al igual que su correlato, el clientelismo comarcal –el que más influía en el envío de negrindios a la metrópoli-. Como reza un excelente ensayo que urge profundizar y actualizar, “la corrupción en América ha tenido carácter de sistema y habrá que explicarla en términos de una tensión más o menos permanente entre el Estado español, la burocracia colonial y la *sociedad colonial*, como ya lo intentó hace tiempo van Kleveren” (mis cursivas, Pietschmann: 103) Mientras no se profundice en esta clase de investigaciones, será demasiado arriesgado calcular el número de negrindios que llegaron a las Españas.

En todo caso, es notorio que la (obesa) documentación contenida en los varios “catálogos de pasajeros a las Indias” y la (esbelta) documentación sobre emigrantes españoles a las Américas no están equilibradas por la (esquelética) documentación sobre los negrindios que llegaron a las Europas. No existe en castellano un corpus de estudios ¹⁴ sobre este último tópico por lo que resulta cuasi imposible lograr alguna suerte de justicia simbólica. Una aproximación a la cual podría ser que el 1º de marzo fuera equivalente al 12 de octubre; si éste es el Día Nacional de España, aquél podría ser el *Día de la Diáspora Amerindia* –más de un latinoamericano inmigrante en las Europas lo haría suyo-.

Finalmente, quisiera subrayar que todo este parágrafo no es una mera recreación histórica sino que, además, tiene dos intenciones ¹⁵ :

¹⁴ De la extensa obra de este autor, pueden verse en Internet no menos de otros tres trabajos relacionados con este tema; en orden de mayor a menor coincidencia, son: “La educación de indios y mestizos antillanos en la primera mitad del siglo XVI” (*Revista Complutense de Historia de América*, nº 25, pp. 51-66; 1999); “Caciques guatíaos en los inicios de la colonización: el caso del indio Diego Colón” (*Iberoamericana* nº 16, pp. 7-16; 2004) y “La primera utopía americana: las reducciones de indios de los jerónimos en La Española (1517-1519)” (*Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* nº 39, pp 9-35; 2002)

Otros autores –véase la bibliografía de Mira, op. cit.- han tocado el tópico pero de manera fragmentaria, localista o circunstancial. A la lista citada habría que añadir a Rojas quien, continuando un trabajo de 1994 sobre los descendientes de Moctezuma en España, ha vuelto recientemente sobre el tema (ver, José Luis de Rojas. 2009. “Boletos sencillos y pasajes redondos. Indígenas y mestizos americanos que visitaron España”, en *Revista de Indias*, vol. LXIX, nº 246)

¹⁵ Quizá alguna más pues la tercera sería rememorar un viejo proyecto cinematográfico que se quedó en el papel: narrar audio-visualmente la llegada a España de los primeros amerindios. Véase, Antonio Pérez, “El descubrimiento de Europa. Guión”; en *El Correo de Andalucía*, pp. 29-30; Sevilla, 12.octubre. 1994.

a) homenajear a aquellos negrindios que pasaron mucho o poco tiempo por España y sugerir a los jóvenes negrindios que no olviden esta parte de sus raíces profundas. Todos ellos rindieron grandes servicios a esa tierra –a veces, a su pesar-, el principal, demostrar a los españoles que el mundo no se acababa en ese reino. De ahí el título de este párrafo.

Además, también intento proponer que se investigue una hipótesis: que los negrindios cumplieron en las Españas de entonces un papel similar (y clandestino) al que en la España de hoy cumplen los inmigrantes latinoamericanos; en lo económico está archidemostrada su aportación pero, ¿y en lo social y cultural? ¹⁶ . ¿Cuán similar pueden ser los papeles de los antiguos negrindios y de los hodiernos inmigrantes?: venciendo la ocultación que sufren ambos colectivos eso es, justamente, lo que la investigación debe aquilatar.

b) Sugerir a los próximos negrindios que visiten la península ibérica o sus aledaños que, al regresar, den cumplida noticia de lo experimentado... sin olvidarse de sus predecesores en el descubrimiento de Europa. A este respecto, me permito recordarles que las narrativas que los indígenas y/o negros han hecho de sus viajes al Viejo Continente constituyen todo un género literario e incluso multidisciplinar ¹⁷ de provechosa enseñanza y sumo deleite. Es más, incluso de éxito popular como atestigua la repercusión que, casi un siglo después de su estreno, todavía tienen *Los Papalagi*, ese estupendo docu-ficción ¹⁸ a medio camino entre el anticolonialismo y el indigenismo, la literatura de viajes y la antropología.

¹⁶ Calibán, el ‘salvaje’ de *La Tempestad*, es un notorio ejemplo de la influencia que tuvieron estas visitas en la Inglaterra de los siglos XVI-XVII. Para hacernos una idea del atractivo popular que in illo tempore suscitaron los amerindios, oigamos a otro personaje shakesperiano de la misma obra: “[londinenses] que no dan un centavo para ayudar a un mendigo mutilado, gastan caudales para ver a un Indio muerto” (Trinculo, acto II, escena II). También sirvieron de modelos artísticos; por ej., en fecha tan temprana como 1569, se inauguró una escultura ‘de indios’ en la iglesia de Burford, Oxfordshire. Y por lo que atañe al atractivo que hoy tienen, basta recordar la fama de Pocahontas quien, por cierto, sólo duró ocho meses en Inglaterra muriendo justo cuando, en 1617, intentaba regresar a su tierra –de las/os indígenas Powhatan que la acompañaron, sólo se sabe que algunas nunca volvieron a Virginia sino que terminaron de criadas en el Viejo Continente-.

¹⁷ En 1989-1990, Paz Bilbao filmó su galardonada *Crónica del Descubrimiento del Viejo Mundo, por Kayun Maax*, un documental que narra la visita de un indígena ‘lacandón’ a España y de cómo, a su regreso, la narra a los sabios de su pueblo. Observar la altura de las discusiones que Kayun mantuvo con toda clase de españoles y la calidad de sus pinturas –fueron expuestas en Madrid, en el Museo Nacional de Antropología-, fue una grata experiencia para quienes colaboramos en aquel emprendimiento. En el plano literario, destacaría que también en España se ha utilizado el recurso estilístico de las ‘Conquistas al revés’. Por ej., en 1977, Avel.lí Artís Gener publicó con algún éxito una novela sobre la hipotética invasión de España por una expedición ‘azteca’ (*Palabras de Opotón el Viejo. Crónica del siglo XVI de la expedición azteca a España*, Eds. 29, Barcelona, 217 pp.)

¹⁸ El polifacético artista hamburgués Erich Scheurmann (1878-1957), publicó estos *Discursos de Tuiavii de Tiavea, jefe samoano* y desde entonces son innumerables las traducciones que sucedieron a aquella primera edición de 1920 –no digamos los sitios internéticos-. Pero, como suele ocurrir con todo best seller, *Los Papalagi* tienen un antecesor olvidado: *Die Forschungsreise des Afrikaners Lukanga Mukara ins innerste Deutschland* (= La expedición de Lukanga Mukara a la Alemania profunda), una pequeña gran obra que el también alemán Hans Paasche publicó en fascículos en 1912-1913 [en Internet hay disponible una versión en inglés: *The Journey of Lukanga Mukara into the innermost of Germany*; no sabemos si también la hay en castellano]

Ambos autores utilizan un recurso estilístico con numerosos antecedentes en la literatura occidental –por ej.: las *Cartas persas* de Montesquieu-: poner en boca de un extraño la crítica de nuestra sociedad que queremos hacer. Aun dentro de esta tradición, el parecido entre la obra de Paasche y la de Scheurmann es escandalosamente obvio. Así pues, si suscribimos el dictum de que “en arte sólo está permitido el robo si va acompañado de asesinato” y puesto que Los Papalagi no superan a su modelo, podríamos hablar de

De porqué es provechoso volver del revés el infortunio

Los dos párrafos anteriores –‘esclavos españoles contemporáneos’ y ‘esclavos negrindios del pasado’-, quizá parecen exclusivos de la historia española y de la historia americana pero no pretendo ocultar que su desglose tiene un claro propósito indigenista: indagar unas peripecias semiolvidadas por motivos más que oscuros. En el caso de los negrindios, la (sin)razón de su ninguneo me parece obvia: todas las potencias imperiales han sido, son y siempre serán remisas a aceptar que no sólo esclavizaron *fuera* de las metrópolis sino también *dentro* ¹⁹. Esta sentencia, más que una proposición nos parece un axioma pero, lamentablemente, no está reconocido como tal (*“proposición tan clara y evidente que se admite sin necesidad de demostración”*); por el contrario, a la historiografía oficial le parece una absurda entelequia –dice ‘absurda’ para no decir ‘peligrosa’-. Ante semejante panorama, imaginemos cuán difícil será conseguir que esas mismas potencias –con Europa a la cabeza histórica-, evalúen la cantidad y la calidad que ese esclavismo intra-metropolitano aportó a la prosperidad imperialista –la pasada y la presente-. Es aquí donde el indigenismo puede tomar la palabra.

Veamos: el pensamiento indigenista no sólo nunca ha ocultado sus orígenes multidisciplinarios sino que se siente orgulloso de que, gracias a ellos, se ha convertido en uno de los últimos humanismos. Siempre a caballo entre la moral y la etnografía, la política y la sociología, la historia y la etnohistoria, la economía y la geopolítica y todo ello por no hablar de sus padres putativos, la relación de fuerzas y el derecho –trasunto de “la realidad y el deseo”-, ha de actualizarse a diario puesto que la opresión sobre los pueblos indígenas también lo hace. En el decurso de esta pelea contra la viscosidad racista, el indigenismo encuentra de vez en cuando datos históricos que le permiten profundizar en los vínculos existentes entre las no-tan-antiguas y las no-tan-modernas apariencias que adopta la segregación. Los dos casos que hoy nos ocupan, pudieran ser un tópico fructífero. Ahora bien, primero hay que demostrar que no son casos absolutamente inconexos.

En este sentido, los dos párrafos anteriores no sólo pueden parecer de exclusiva competencia historiográfica sino que, además, reconozco que pueden parecer inconexos. En tal caso, su imbricación sería un mero capricho del autor. En las líneas que preceden he tratado de demostrar que tienen una conexión profunda; en las líneas que siguen, intentaré sintetizar mi posición pero, como ya tenemos por costumbre, dando un rodeo que, de paso, vincule este artículo con el título general del Encuentro que le propició –“jóvenes... y desarrollo con identidad”-.

La identidad de los pueblos llamados ‘subalternos’ es un pre-requisito para su desarrollo. La disgregación, la atomización, la anomia en suma, no es sujeto de desarrollo sino de lo contrario –de reproducción de los peores rasgos del pseudo-progreso-. Más aún, ningún pueblo puede

cuasi plagio. Es posible que Scheurmann tenga más soltura literaria pero Paasche le aventaja en radicalidad y en concisión; por ejemplo, después de mofarse del dinero occidental, Mukara suelta esta bomba: “*A todo lo que [los alemanes] quieren llevarnos [al África] lo llaman con una sola palabra: cultura*” –en el original, *Kultur*, que suena más rudamente apropiado-. No es de extrañar que Paasche, un aristócrata pre-ecologista e indigenista que se alistó en los Consejos de Obreros y Soldados de la sublevación alemana de 1918, fuera inicualemente asesinado por los proto-nazis germanos –justo en 1920, el mismo año en el que aparecieron Los Papalagi-.

¹⁹ Cuando se observa el énfasis que las actuales potencias ponen en la bondad de su democracia interna, este tema deja de ser un capricho intelectual para convertirse en un debate de plena actualidad. Cuando se observa que el “derecho” de ingerencia se disfraza de intervención humanitaria, sólo cabe recordar que la invasión de América se justificó con similares argumentos. Ayer se hablaba de evangelizar/civilizar a los amerindios y hoy se habla de democratizar a medio mundo. Pero, tanto ayer como hoy se olvida el *pequeño detalle* de que sigue existiendo la esclavitud dentro de las metrópolis –ayer, garantizada por la Corona y la Iglesia, hoy por las leyes de extranjería-.

vanagloriarse de haberse ‘desarrollado’ si lo único que ha conseguido es diluirse en una masa con mejor acceso a mercancías alienantes.

Por otra parte, es muy cierto que las identidades colectivas –y no digamos las individuales- se construyen voluntariamente. También es no menos cierto que, como no podría ser de otra manera, esa voluntariedad suele estar muy cercana a la arbitrariedad. Abundan los ejemplos en los que una identidad –nacional, por ejemplo-, se articula alrededor de símbolos, historias y personajes absolutamente inventados que, además, llegan a rozar lo estrambótico. Dicho esto, conviene aclarar que estamos hablando del vaso medio vacío. Si nos referimos al vaso medio lleno, debemos añadir que las identidades también tienen elementos que escapan al arbitrio de sus comulgantes. El territorio –i.e., la tierra y la historia de la tierra-, la lengua, el pasado y buena parte del futuro, incluso el menospreciado folklore –última tabla de salvación-, son algunos dellos. Es decir, que las identidades se construyen mejor si hay unas raíces firmes y profundas. O, lo que es lo mismo, el grado de extravagancia se rebaja si se priorizan los elementos involuntarios.

Entre estos “elementos involuntarios” que también podríamos llamar *hereditarios*, la Historia es uno de los más conspicuos. Ahora bien, la Historia es una de las disciplinas más maleables y, por si ello fuera poco, tiene la dudosa costumbre de olvidar lo sustancial para insistir en lo anecdótico. Creo que los casos hoy citados son un buen ejemplo. A españoles y negrindios se les han escamoteado unos tipos de esclavitud que, sin embargo, deberían ser factor fundamental en la construcción cotidiana de sus respectivas identidades, de ahí el (ocultado) parentesco que existe entre ambos pueblos.

No pretendo eludir responsabilidades; el pasado común a los pueblos español y negrindio es una historia sádica, unívoca y apocalíptica. Estos rasgos terribles nunca se subrayarán lo suficiente. Frente a ellos, una esclavitud compartida ocasionalmente es un lazo opuesto pero menor, máxime cuando ni siquiera coincide en el tiempo. Pero no por todo ello podemos olvidarla, en especial si lo que intentamos es construir un tipo de relaciones simétricas. Al cabo de los siglos, hemos encontrado una simetría y, aunque en este caso no sea demasiado congruente hablar de alborozo, con la debida licencia podemos firmar que nunca es tarde si la dicha es buena.

Antonio PÉREZ es miembro de la Fundación Kuramai.

Valencia de Alcántara (España)

beltranp@arrakis.es